

Comentario al evangelio del viernes, 20 de marzo de 2015

ÉL SE LO HA BUSCADO

Según nos vamos acercando al Triduo Pascual, las lecturas nos van explicando por qué Jesús acabó en la cruz. Para que cuando miremos a Jesús Crucificado, no se nos olvidé *«por qué»* está ahí.



Con demasiada frecuencia «se nos olvida» el contexto histórico, y nos fijamos en «cuánto sufrió» por nosotros, pensamos en que murió para cumplir la voluntad del Padre, para así poder salvarnos... entendiendo esta expresión en el sentido de que el Padre «habría necesitado» que su Hijo muriese de esa manera, que era esa su voluntad. Lo cual es, como poco, una blasfemia. Ningún dios que se presente como el Dios Amor puede tener semejantes pretensiones. Ningún padre humano «normal» querría algo así para su hijo del alma. ¡Cuánto menos Dios!.

Lo que sí es verdad es que una misión como la que recibió Jesús (igual que antes muchos profetas, y también después) tiene un altísimo riesgo de terminar bruscamente. Y el Padre y el Hijo tuvieron que asumirlo. En este sentido, la voluntad del Padre era que el Hijo llevase adelante su encargo, sin echarse atrás bajo ningún concepto... aunque eso le costase la vida. Por eso la muerte de Jesús en la cruz es, antes que nada, una denuncia de los poderes e intereses de este mundo, que no soportan a un «justo» y procuran desprestigiarle, silenciarle, arrinconarle, y aun acabar para siempre con él. También hoy. Incluso dentro de la propia Iglesia.

"También muchos pensadores en la Iglesia han sido perseguidos. Pienso en uno, ahora, en este momento, no muy lejano a nosotros, un hombre de buena voluntad, un verdadero profeta, que con sus libros reprendía a la Iglesia porque se alejaba del camino del Señor. Enseguida le han llamado, sus libros han acabado en el índice, le han quitado las cátedras y este hombre termina así su vida: no

hace mucho tiempo. ¡Ha pasado el tiempo y hoy ¡es beato! ¿Cómo es posible que ayer fuera un hereje y hoy sea un beato? Es que ayer, los que tenían el poder querían silenciarlo, porque no gustaba lo que decía. Hoy la Iglesia, que gracias a Dios sabe arrepentirse, dice: 'No, ¡este hombre es bueno!' Es más, está en el camino de la santidad: ¡es un beato!' (Papa Francisco)

Jesús se encontró la mayor oposición a su mensaje «dentro», en los que tenían autoridad y cargos, y estaban convencidos de que ser fieles a las tradiciones consistía en «momificarlas» y darles algún que otro retoque de maquillaje si acaso. Y en los que tenían el poder económico y político.

«Acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada; declara que conoce a Dios». Jesús resultó incómodo, en primer lugar, a las autoridades políticas y religiosas, cuando denunció que, en el nombre de Dios, y por el bien del pueblo (¡cuántas barbaridades conoce la historia detrás de estas «justificaciones»!) se aprovechaban de sus cargos para su propio interés y pretendían tener la exclusiva de la verdad y del conocimiento de Dios. Baste recordar la escena a la entrada del Templo que, según el cuarto evangelista, supuso su sentencia de muerte. Da igual que Jesús levante de su camilla a un parálítico que lleva así 38 años. Da igual que saque de la tumba a Lázaro. Resulta incómodo y ya está.



Resultaba (¿en pasado?) incómodo para los que habían convertido su religión (por su educación errada, entre otras razones) en un montón de ritos, cumplimientos, mandamientos... que les hacían creer que ya estaban en orden con Dios. Pero que, con excesiva frecuencia, ignoraban la misericordia, la justicia, la fraternidad, la atención al débil, al enfermo, al pecador... a quienes excluían de derechos, atenciones y hasta de las prácticas religiosas (o sea: de acceder libremente a Dios). Y con la Escritura en la mano, rechazaban las «obras» del que había venido de parte de Dios a anunciar la Buena Nueva de la salvación: para los pobres, los ciegos, los lisiados, los prisioneros, los pecadores... No eran capaces de dejarse llevar por el Espíritu de Dios (cuánto le costó entender esto a Nicodemo) para ir mucho más allá de los pequeños límites que les marcaba la Ley.

«Lleva una vida distinta de los demás, y su conducta es diferente». Cuando alguien «pasa» de murmuraciones, de críticas, de lo «políticamente correcto» y se atreve a hablar del Dios al que conoce (es decir, el Dios que forma parte de su vida, del Dios para el que y con el que vive), cuando proclama abiertamente que Dios es su Padre... enseguida muchos se le echan (en presente) encima. «Guárdate para ti tus creencias, está anticuado hablar de religión, respeta a los que no creen lo que tú, no te metas en temas políticos...». «¿Quién te crees que eres? Pero si ni siquiera has estudiado teología, si ya sabemos de dónde has salido....»

El caso es que, también yo tengo que reconocer que la vida del Justo, la de Jesús y la de otros «justos» me resulta incómoda cuando miro a la mía. Cuánta incoherencia y cuánto me falta «conocer» a Jesús y ponerme de su parte, y ser realmente de los suyos, y gloriarme de que Dios sea mi Padre.

Él «se buscó» que lo mataran, pero estaba convencido de que «hay quien se ocupaba de él». Ciertamente, lo resucitó para nuestra salvación. Y convendrá recordarlo cada vez que miremos una cruz, pensando también en tantos crucificados. Porque en la cruz y en las cruces... me anda buscando.

PD.: El Papa nunca llegó a mencionar en quién estaba pensando. Sólo él lo sabe. Pero ha ocurrido no pocas veces en nuestra historia eclesial.

Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf

Enrique Martínez, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org